

IV

PREMIO INTERNACIONAL
DE RELATO CORTO
ENCARNA LEÓN



José Antonio Abella
Raúl Silanes
Antonio García Leiva



CIUDAD AUTÓNOMA DE MELILLA
Consejería de Educación, Juventud y Mujer
Viceconsejería de la Mujer

José Antonio Abella. Burgos, 1956. Médico rural y escultor. En 1992 se publica su primera novela, Yuda (Ed. Tertulia de los Martes), y un breve ensayo: La Realidad Posible (hacia un compromiso del arte). Fue coautor de la obra Segovia: ecología y paisaje (1993). Siguieron las novelas La Esfera de Humo (Grijalbo-Mondadori, 1995), Crónicas de Umbroso (Anaya, 2001, reeditada en México un año después en edición de 85.000 ejemplares) y la guía Balcón de la Mirada: una propuesta de itinerarios en torno a Segovia (Ayto. de Segovia, 2003). En diciembre de 2006 se ha publicado su última novela, La Tierra Leve (Abadía Editors). Es miembro del equipo coordinador de la colección sobre temas ecológicos Hombre y Naturaleza, y del foro literario Tertulia de los Martes. Ha recibido los premios de narrativa Emiliano Barral (2002) y Encarna León (2005).

ESCRITO EN EL BARRO

A Elena Torres

Poco importan ahora las circunstancias en que conocí a Suzanne H. Baste decir que ambos estudiábamos Historia Antigua y asistíamos entonces a clases optativas de sumerio, lo que nos situaba en el apartado de *bichos raros* de la universidad. Añadiré que ella era diez o doce años mayor que yo. Que me parecía una de las mujeres más inteligentes y hermosas que jamás he conocido. Que tenía fascinado al estudiante mediocre y enamorado que yo era. Lo demás es accesorio. Por ejemplo, mi manifiesta incapacidad para el estudio de las ciencias. Una pobre nota en el examen de selectividad me había hecho recalar en la facultad de Historia, frustrando así las ilusiones de mi padre, que siempre había deseado verme convertido en el arquitecto que él —modesto delineante de una empresa constructora— hubiera querido ser. A trancas y barrancas, había llegado al segundo curso, todavía con dos asignaturas pendientes de primero.

Suzanne H., por el contrario, estaba allí por ese don extraño que se llama vocación, consciente de cumplir el destino que ella misma se había asignado. Su carácter disciplinado, unido a su inteligencia natural, le hacía ser brillante en sus estudios, algo que aún tenía otro mérito añadido puesto que Suzanne H., además, había terminado periodismo y simultaneaba la universidad con su trabajo para una conocida editorial relacionada con el mundo de la moda.

En la clase de sumerio éramos tan solo cinco alumnos. Confieso que yo me matriculé porque Suzanne se había matriculado, aunque no fue eso lo que dije cuando, el primer día de clase, el profesor nos preguntó las causas que nos habían llevado a tan inusual elección. Recuerdo perfectamente ese primer día de clase, los titubeos y lugares comunes de nuestras respuestas. Lo recuerdo como si ahora mismo estuviera respirando el aire de aquel atardecer de noviembre, en aquella aula que parecía más grande y silenciosa que de costumbre, también más oscura.

Los cinco alumnos ocupamos las dos primeras filas de pupitres. Ante nosotros, en el estrado, un hombre de pelo blanco y gruesas gafas de concha nos habla en voz muy baja, apenas un susurro que nosotros recibimos con atención suprema, casi con reverencia, como si en sus palabras percibiéramos el agua de un manantial oculto, la revelación de un texto sagrado. Tras las presentaciones de rigor, tras las respuestas balbucientes que él escucha con atención, tomando breves notas en uno de los cuadernos que ha sacado de su portafolios, su palabra nos depara una sorpresa:

—Enhorabuena —nos dice—, enhorabuena por haber elegido mi asignatura.

Algunos de nosotros respondemos con un *gracias* que no encierra la menor ironía. Tal vez en otro, esa felicitación extemporánea hubiera sonado a vanidad. Pero en él todo parece modesto, desde la chaqueta casi raída hasta el gesto de sus manos —protegida la una por la otra—, desde su tono de voz hasta la forma de mirarnos por encima de sus viejas gafas, que a cada paso le resbalan cómicamente hacia la punta de la nariz. Incluso el orgullo con el que habla de su asignatura tiene más de modestia que de orgullo:

—Les llamarán locos —prosigue—, pero acepten ese apelativo como un exiguo precio por el descubrimiento de un mundo fascinante.

La tarde de noviembre cae con velocidad y yo, que soy quien está más cerca del interruptor que hay junto a la puerta, me levanto con intención de dar la luz.

—Aguarde todavía un instante, por favor —me interrumpe el viejo profesor, cuya voz sigue teniendo un tacto de terciopelo oscuro, más próximo a una caricia que a una orden—. Dejemos que muera la tarde sin interferir en su agonía. Vean...

Su mano derecha dibuja una curva en el aire, como si señalase a una región imprecisa entre los cristales de las ventanas y los de sus propias gafas. Tras éstos, sus ojos parecen más pequeños y sabios. Tras los de las ventanas, la tarde se precipita en la noche con un tímido sonrojo de melancolía, nubes deshiladas sobre tejados sombríos, pájaros solitarios en un bosque de antenas. Dentro del aula, durante un breve minuto, el aire se ha teñido con el aliento rosa del crepúsculo y las paredes, antes blancas e inhóspitas, adquieren tonos cálidos, algodanosos, de azúcar hilado.

—Esta hora misteriosa del atardecer... —dice con lentitud, sin terminar la frase. Él calla y nosotros callamos. En el silencio se oyen, irreales, distantes, los ruidos del exterior. Se diría que proceden de un mundo inexistente, que lo único verdaderamente cierto es el aire teñido de rosa, la magia de nuestros corazones detenidos en un minuto que parece contener a todos los minutos. Es una sensación extraña. Como si dentro de los relojes hubiera niebla. Como si respirásemos el aliento de un dios dormido.

—En todos los tiempos y todas las culturas —prosigue el profesor al cabo de ese minuto indescriptible— los hombres se han sentido conmovidos por esta hora... ¿Les parece a ustedes que nosotros, hombres y mujeres del siglo XX, somos distintos de nuestros antepasados más remotos? ¿Qué creen que nos diferencia o nos iguala?

La pregunta, como los corazones, se detiene en la tarde que huye. Al cabo, la mano de Suzanne se levanta en el silencio:

—Nos iguala nuestra naturaleza. Y nos diferencia nuestro conocimiento.

—Por conocimiento —inquire el viejo profesor—, ¿se refiere a nuestra capacidad de conocer o al conjunto de los conocimientos acumulados?

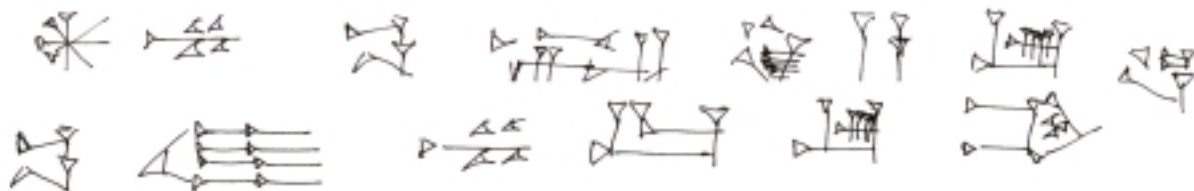
—Me refiero a los conocimientos acumulados. Nuestra capacidad de conocer forma parte de nuestra naturaleza.

El profesor asiente con la cabeza al tiempo que se dirige hacia la puerta y acciona el inter-

ruptor de la luz:

—Bien, muy bien, Suzanne. De eso hablaremos hoy. Y para ello me voy a servir de uno de los poemas sumerios más conmovedores.

Ha vuelto al estrado y escribe con tiza, en la pizarra, dos líneas de apretados caracteres cuneiformes que yo copio torpemente:



—La tablilla que contenía este lamento fue escrita hace casi cinco mil años, en Nippur: «Dios mío —traduce—, *el día brilla luminoso sobre la tierra; el día es negro para mí.*» ¿No les parece que cualquiera de nosotros podría haber pronunciado muchas veces palabras semejantes?

* * *

Suzanne H. tenía un sentimiento germánico de la puntualidad. A pesar de sus diversas ocupaciones, siempre llegaba a la facultad con tiempo suficiente para tomar un café antes del inicio de las clases. Yo, que conocía esa costumbre suya, adopté la estrategia de adelantarme a su llegada para compartir con ella unos minutos diarios de charla. Supongo que ella percibía en mí otros intereses ajenos a su pasión por el mundo antiguo. Esto, probablemente, la halagaba. Pero siempre supo mantener una sutil distancia que me impidiera sentir el rubor del ridículo o la bofetada del rechazo.

Celosa de su intimidad, muy raramente hablaba conmigo de su vida. Sin embargo, el trato diario en esa coartada de los cafés que precedían a las clases me permitió ir captando pequeños detalles, algún recuerdo, palabras que poco a poco bosquejaron en mis oídos el paisaje de su pasado, con muchas veladuras borrosas entre unas pocas pinceladas ciertas. Así supe que Suzanne H. había sido una escritora precoz: con sólo trece años, varios de sus poemas habían sido publicados en la prestigiosa *Gaceta Literaria* del Ateneo, y algunos figuraban en *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana*, una antología editada en los años setenta bajo los auspicios de la Dirección General del Libro. También supe, al instante de hacerme esta confidencia, que Suzanne se arrepentía de haberme desvelado un secreto del que cualquier otra persona se hubiera sentido orgullosa.

—No sabes cuánto me gustaría leer esos poemas —le dije.

—Por fortuna es un libro ilocalizable —respondió ella con alivio mal disimulado, justo cuando sonaba el timbre que anunciaba el comienzo de las clases.

En vano busqué por diversas librerías de viejo la antología con los poemas de Suzanne H. Mas todo texto impreso es susceptible de ser encontrado. Sólo tuve que acudir a la Biblioteca Na-

cional para que un eficiente funcionario, tras teclear en su ordenador la referencia del libro, me facilitase tanto un ejemplar de la antología como la posibilidad de fotocopiar aquellas páginas que fueran de mi interés.

Nunca vería a Suzanne tan alterada como la tarde en la que le mostré, triunfante, las fotocopias de *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana*.

—Si querías estropearme el día, lo has conseguido con creces —me dijo con una chispa de odio en los ojos, al tiempo que se levantaba de la silla sin terminar su café.

Yo la seguí por el pasillo:

—Perdona Suzanne, no quería molestarte. Y además tus poemas me han gustado muchísimo...

Fue la primera y única vez que ella me hirió intencionadamente, con frialdad, sin levantar la voz:

—Eso demuestra tu poca inteligencia y tu poco criterio.

Durante los dos días siguientes, Suzanne no puso los pies en la cafetería de la Facultad. Pasó el fin de semana. Y, el lunes, para mi sorpresa, al finalizar las clases, se acercó a mí para disculparse.

—Perdona —sentados como tantas otras veces ante sendas tazas humeantes, puso durante un segundo su mano sobre mi mano—, no hubiera querido ser grosera contigo, pero lo fui. Tú no tienes la culpa, estoy segura de que únicamente deseabas ser amable... Sé que no entenderás nada, pero sólo te puedo decir una cosa: la publicación de esos poemas me hizo mucho daño y no deseo más que olvidarlos.

Debí callar entonces, pero volví a decirle lo mucho que me habían gustado. Ella me dio las gracias y me pidió que los rompiera.

—¿De qué sirve romper unas fotocopias?

—Hazlo, por favor —insistió—, yo fui una niña hasta que se publicaron. Son los poemas de una niña y no valen nada.

—No es cierto —le repliqué en mi ceguera—, son hermosos y profundos. Esos versos en los que dices:

*...nada nos une tanto como la ausencia,
sólo te siento lejos cuando me besas.
Nada me da más fuerza que tu distancia
ni más desesperanza que tus promesas...*

—No sigas, por favor —me pidió—; si quieres mantener nuestra amistad, rompe esos poemas, olvídalos.

Así lo hice, o cuando menos lo intenté. No le volví a hablar a Suzanne de sus poemas juveniles, ni de nada que tuviera relación con la poesía. Por aquellas fotocopias supe que había en

su corazón heridas sin cicatrizar, y me sentí más unido a ella, unido en un secreto que tardaría años en conocer, pero que me mostraba a Suzanne como a un ser mucho más débil y vulnerable de lo que hasta entonces había supuesto. Rompí los poemas. Pero no era tan sencillo olvidarse de algunos versos leídos decenas de veces, ni de la breve reseña biográfica que figuraba al principio de la antología. Por ésta conocí detalles de su vida que Suzanne nunca mencionaba: su lugar de nacimiento, la nacionalidad francesa de su madre, el día de su cumpleaños...

* * *

Pocos días antes de las vacaciones de Semana Santa, Suzanne tuvo que viajar a Estambul con el encargo de escribir un reportaje para la revista *Modos y Moda*, perteneciente a la editorial donde trabajaba. A su regreso, reiniciado ya el curso, estaba exultante, locuaz contra su costumbre, casi barroca en la narración de su viaje. Como una turista más, había visitado la mezquita de Solimán el Magnífico, Santa Sofía y el museo de Topkapi. Me cuenta el motivo del reportaje — una boda según el rito de la cada vez más escasa comunidad sefardí de Turquía— y no me ahorra pormenores sobre los novios, los atuendos tradicionales, el banquete... Pero todo su relato no es sino un largo preámbulo para la sorpresa final:

Ya tiene ultimado el reportaje y todavía le quedan veinticuatro horas para tomar el avión de regreso, mas el día amanece lluvioso y las calles de Estambul se transforman en una colmena grasienta, poco apetecible para el safari turístico. Incluso las cúpulas y minaretes de la Mezquita Azul, visible desde las ventanas del hotel —puntualiza—, presentaban el día previo a su partida un aspecto gris y desencantado. Por ello toma un taxi que la conduce al Gran Bazar. Y por casualidad entra en una de las tiendas de antigüedades donde lo mismo se encuentra un aguamanil otomano que un reloj de pared *made in Taiwan*.

—Siempre he pensado —me dice— que algunas cosas se fijan en ti antes de que tú te fijes en ellas. Estás ante el anaquel de una librería y de repente un libro te dice léeme, uno precisamente y no el de al lado, un libro que tú no conocías pero que te habla como si tuviera lengua, como si estuviera esperándote.

—También a mí me ha pasado —le digo—, pero ¿a dónde quieres llegar?

—Había un cofre de madera en la tienda, más bien una caja, nada especial. Pero me quedé mirándola, o ella me miró. Entonces el dueño de la tienda me invitó a abrirla. ¿Y sabes lo que contenía...? —mi curiosidad abre los ojos y encoge los hombros, Suzanne me mira con expresión de triunfo, dilata los segundos, abre su bolso, me muestra un pequeño paquete y comienza a desenvolverlo con sumo cuidado—: Lo que contenía era esto...

Sobre la mesa aparece una vieja caja semejante a las de puros, sin etiqueta alguna. En su interior, protegida por una lámina de espuma de plástico, hay una tablilla de barro completamente llena de apretadas inscripciones cuneiformes, fracturada en su parte inferior.

—¿Es auténtica?

—Creo que sí, la traigo para confirmarlo.

Dos horas más tarde, finalizada la clase de sumerio, Suzanne y yo nos acercamos al profesor. No son inhabituales estas consultas de los alumnos al terminar la jornada, pero él debe de percibir el misterio en nuestro rostro porque frunce el entrecejo con un gesto de extrañeza.

—Queríamos enseñarle algo —dice Suzanne empleando un plural que a mí me enorgullece.

—¿Dónde la han encontrado?—en la pregunta del viejo profesor se percibe, junto a la sorpresa, un velado tono de reproche.

Suzanne le refiere con brevedad la misma historia que yo ya conozco.

—En el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul está una de las mejores colecciones de tablillas sumerias de todo el mundo. Sólo veo dos posibilidades, o la tablilla ha sido robada de allí, cosa que me extraña conociendo a la policía turca, o procede del expolio de una excavación.

—Entonces, ¿le parece auténtica? —pregunto.

—A primera vista, sí. No hay mucha gente capaz de falsificar esto —nos dice con cierta brusquedad, señalando el complicado laberinto de caracteres de una palabra—, y la que es capaz se dedica a mejores empresas.

Suzanne está perpleja. Todos sabemos que es la mejor alumna de la asignatura y que el profesor siente por ella una especial predilección. No esperaba esa reacción fría. Le tiembla la voz:

—¿Podría traducirla?

—Ya..., en fin... —también al profesor le tiembla la voz—, me llevará algunos días... Y supongo que esto no nos convierte en cómplices de un expolio.

—Gracias —dice Suzanne cuando nos despedimos y, ya desde la puerta, con su entereza recuperada, se vuelve para añadir—: Todos los grandes museos son el resultado de grandes expolios.

No ha transcurrido una semana desde esta conversación cuando, una tarde, sin más preámbulo, el profesor de sumerio nos muestra a sus cinco alumnos la tablilla. No hace la menor referencia a su origen, pero mira a Suzanne con gesto de complicidad antes de extraer un cuaderno de su portafolios y comenzar a leer con voz lenta y precisa:

*«Si Ninhursag me hubiese querido con la fuerza de un buey,
no me habría hecho hombre, sino buey.*

*Si Enki me hubiese querido con la bravura de un león
o la astucia de una serpiente,
no me habría hecho hombre, sino león o serpiente.*

*Si Ninhursag me hubiese querido con la vista de un águila
o el oído de un zorro,
no me habría hecho hombre, sino águila o zorro.
Si Enki me hubiese querido grande como los árboles de Uruk
o perdurable como el lapislázuli de Aratta,
no me habría hecho hombre,
sino árbol de Uruk o lapislázuli de Aratta.
Si los dioses me hubieran querido inmortal como los dioses,
no me habrían hecho hombre, sino dios entre los dioses.
Pero ellos me hicieron hombre,
Enki y Ninhursag me hicieron hombre,
y soy débil, tengo miedo, aprendo tarde y olvido pronto,
envejezco, me fallan la vista y el oído,
soy torpe, soy pequeño, no soy nada
y sin embargo
ni el buey, ni el león, ni la serpiente,
ni el águila, ni el zorro,
ni los árboles de Uruk o el lapislázuli de Aratta,
ni tan siquiera los dioses que me hicieron,
ni los que están sobre ellos ni los que bajo ellos viven
tienen lo que su siervo tiene (...)*

»En este punto —añade tras una pausa en la que escruta nuestras miradas—, se interrumpe la tablilla. Como ustedes mismos pueden ver, el barro presenta un borde vivo en la línea de fractura. No hace mucho que se ha roto esta pequeña joya, pero sigamos...

»A nadie que conozca mínimamente el panteón sumerio le puede caber la menor duda sobre el significado del penúltimo verso. Quienes están sobre Enki y Ninhursag sólo pueden ser An, señor del cielo, y Enlil, señor del aire. Bajo estos cuatro dioses creadores se halla el resto de las innumerables divinidades sumerias, a cuyo amparo eran encomendadas todas las tareas cotidianas. Dumuzi es el dios pastor de los rebaños, Enkimdu es el dios de los fosos y canales de riego, Kabta es el dios de los ladrillos... Y bajo todos ellos, nosotros, los seres humanos, venidos al mundo con la exclusiva finalidad de servir a los dioses.

»Por ello resulta especialmente oscuro y sugestivo el significado del último verso: ¿Qué puede tener el ser humano que no tengan ni los dioses creadores ni las criaturas salidas de sus manos? Yo, desde luego, no lo sé. Imagino que, para saberlo, habría que ser un poeta como el que hace cuatro mil años escribió el texto que les he leído. O confiar en que algún día aparezca el fragmento inferior de la tablilla.»

Suzanne no volvió a ser la misma desde aquella tarde. Una extraña pasión se apoderó de ella, una obsesión febril cuyos orígenes tardaría mucho tiempo en descubrir, pero que parecía provenir de algo muy íntimo, como si el texto de aquella tablilla hubiera removido los cimientos de su ser. Dejó de acudir al resto de las clases y dedicaba todo su tiempo al estudio del sumerio. El profesor trató de disuadirla, y yo también, pero había tomado una decisión contra la que todos los argumentos eran vanos. Nada le importaba obtener un título que decorase una pared. Graduarse no era una meta para ella. Decía que sentía en la frente el aliento de una revelación, que sólo los cobardes caminan en zigzag por el camino recto. Seguía trabajando en la editorial pero pidió un puesto de correctora de pruebas, algo que, según ella, exigía menos esfuerzo a sus neuronas. Codo con codo, tradujo junto al profesor de sumerio muchos de los textos que éste había transliterado —copiado sin traducir— de las tablillas y esculturas de varios museos europeos, especialmente del Museo Vaticano.

Con frecuencia volvía a la tablilla encontrada en el Gran Bazar de Estambul. Su teoría de que son los objetos quienes nos eligen se deslizó del terreno metafórico hacia el gnóstico de un modo casi imperceptible. Sostenía, y no sin argumentos, que la rotura de aquella tablilla no era casual, resultado imprevisto de un expolio. La línea de fractura, en efecto, era extrañamente paralela al último renglón de la escritura. Incluso parecía notarse la huella de un objeto cortante sobre el borde, como si alguien hubiera pasado un cuchillo para marcar con precisión el sitio elegido para romper la tablilla. Ésta, como la mayoría, era de barro sin cocer, extremadamente frágil y sensible a la erosión. Su borde nítido, por tanto, no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que se trataba de una fractura reciente, como ya dedujera el profesor aquella tarde de su lectura. Mas ¿cuánto es *reciente* en un objeto con cuatro mil años de antigüedad? En buena lógica, Suzanne pensaba que menos de un siglo, acaso mucho menos. Un siglo es el tiempo transcurrido desde que el sumerio pudo ser traducido y, para Suzanne, quien hubiera roto la tablilla conocía perfectamente su contenido. El profesor discrepaba abiertamente de esa opinión. Ningún sumerólogo hubiese cometido jamás tal sacrilegio, decía. Y, además, ningún sumerólogo hubiera vendido esa tablilla a un anticuario. Pero Suzanne argüía que entre la ruptura y la tienda de antigüedades no tenía por qué haber una relación causal.

—Simplemente —razonaba—, podría existir esa cadena de pequeñas e indemostrables relaciones que llamamos azar.

Debo decir que Suzanne no creía en el azar. Siempre buscaba teorías extrañas para explicar lo inexplicable. Teorías como la de la intencionalidad de los objetos para elegir a su dueño, a la que antes me refería. Recuerdo con qué claridad me explicó cierto día lo que para ella significaba el azar:

—¿Me prestas una moneda? —sugirió. Yo saqué una moneda de mi bolsillo y ella la volteó con habilidad en el aire, haciéndola caer sobre su mano izquierda y cubriéndola un instante con la derecha para, al siguiente, mostrármela con decisión—. Ha salido cara —me dijo—. ¿Podría haber salido cruz?

—Sí —respondí sin dudar.

—No —dijo ella—, era completamente imposible: Si te hubieras fijado en cómo lanzaba la moneda, si hubieses podido medir la fuerza con que lo hacía, el punto exacto del impulso, el peso de la moneda, la velocidad de su giro, la resistencia del aire..., habrías sabido con antelación que sólo podía salir cara. A todo eso que no podemos medir es a lo que llamamos azar.

Me he demorado en esta anécdota para mostrar que ninguna decisión de Suzanne podía ser tomada a la ligera. Fruto del azar de la causalidad más inextricable, ella había encontrado algo más que una sucesión de signos escritos en una tablilla de barro, había encontrado *un signo*, una señal que seguir.

—¿Te das cuenta del parecido fonético entre signo y sino? —me preguntó—. Ambos comparten una misma etimología: *signum*, seña. Si yo creyera que nuestro destino está escrito en algún lugar oculto, te diría que mi destino estaba en los signos de esa tablilla desde el momento en que fue amasado su barro, que mi corazón latía en ella cuatro mil años antes de ser engendrado. Creerás que me he vuelto loca, pero en ese trozo de barro está mi corazón con todas sus preguntas, y acaso con alguna respuesta que me ha sido robada. Por eso necesito encontrar el fragmento que falta. Es como si fuera una parte de mí, como si alguien me hubiera amputado una pierna, o el páncreas, o un trozo del alma.

* * *

La ocasión que Suzanne buscaba para regresar a Estambul se presentó antes de lo esperado. Su reportaje sobre la boda sefardí se publicó en el primer número de junio y, contrariamente a lo que la propia revista esperaba, tuvo gran repercusión en las lectoras de *Modos y Moda*, siendo muchas las cartas de elogio recibidas en la redacción.

Tengo ahora ante mis ojos un ejemplar de la revista con el reportaje de Suzanne. Su título —*Contra el olvido*— hace mención al empeño de las comunidades sefardíes por conservar su lengua y tradiciones. La primera fotografía que ilustra el reportaje es un retrato de los novios. Llama especialmente la atención la mirada de la novia, la extraña mezcla de ilusión y timidez que se percibe en sus profundos ojos negros. Una diadema de perlas orla su frente y se pierde entre los rizos de su cabello, tocado con largas cintas rosas que caen sobre sus hombros. Cuenta Suzanne que la novia ha dormido en casa de los padres del novio la noche anterior a la boda, que ese día, en el cortejo hasta la sinagoga, la novia camina todo el tiempo con los ojos cerrados, guiada por sus familiares, y que sólo los abre en el momento de encontrarse frente a su futuro esposo. Continúa

con los pormenores de la ceremonia y del banquete, y anticipa un curioso rito de fecundidad que se realiza el primer lunes siguiente a la boda: los jóvenes esposos saltando tres veces sobre una bandeja con un pez de gran tamaño. Resumido de este modo, acaso el reportaje no parezca tener el interés que de hecho tiene. Sin duda, son las palabras de Suzanne las que contagian al lector con la magia de una cultura desgajada de nuestra propia historia. Sirvan éstas, con las que finaliza el texto, para dar una idea de su atractivo:

«Son las cuatro de la tarde. Hace ya más de tres horas que el novio, en la sinagoga, apuró hasta la última gota el frágil vaso de vino que luego rompe con sus zapatos nuevos. De ese modo recuerda la destrucción del Templo de Jerusalén. Nadie conoce como los sefardíes la fragilidad de los tesoros. La Historia les ha enseñado que la vida es una despedida, que sólo la añoranza nos descubre el tiempo de la felicidad, y que el amor —quebradizo como ese vaso de vidrio— necesita ser cuidado con mimo para perdurar.

Así me lo dice uno de los tres invitados que, tras la resaca de la fiesta, salen del restaurante para acercarse al cercano puente de Gálata. Yo también estoy cansada y les pido permiso para acompañarlos. Ellos acceden con una amplia sonrisa de caries y de vino. Son tres hombres ya viejos, de blanco cabello que asoma bajo sus sombreros negros.

Dos de ellos se apoyan en el pretil del puente, ajenos al tráfico enloquecido de Estambul, para contemplar las aguas grasientas del Cuerno de Oro. Mientras, el tercero enciende un cigarrillo y queda absorto en las volutas de humo como si, a través de ellas, el horizonte le mostrara los paisajes felices de un país desconocido.

Dice una vieja historia que, desde los tiempos de la expulsión, muchas generaciones de sefardíes han acudido a este mismo lugar para mirar hacia poniente en esta hora misteriosa del atardecer.

A lo lejos, desde uno de los innumerables minaretes de la ciudad, se oye la voz del almuecín llamando a la oración.

Me parece que también mis acompañantes, en su silencio, están rezando. Como sus abuelos y los abuelos de sus abuelos, el crepúsculo les recuerda la ausencia de un trozo de su corazón. Un sol agónico derrama destellos de cobre sobre las ondas que se forman al paso de las barcazas. El mismo sol que a esa hora brilla todavía en lo alto del cielo, radiante, sobre las lejanas tierras de su Sefarad.»

En el momento de su publicación, dedicada en cuerpo y alma al estudio del sumerio, Suzanne ya sólo realizaba trabajos de corrección para la revista. Pero el éxito alcanzado por su reportaje alumbró en ella la idea de proseguirlo con una serie de trabajos sobre los rituales sefardíes del ciclo de la vida. En realidad, la idea surgió tras recibir una carta de Estambul. Suzanne había enviado a los novios que protagonizaron su reportaje un ejemplar de la revista y ellos le respondieron

con esa carta en que anunciaban, felices, la próxima llegada de su primer hijo. Con ella en la mano, Suzanne se dirigió a la directora de *Modos y Moda* para manifestarle su interés en continuar su reportaje con otro sobre los ritos sefardíes del nacimiento y, en su caso, circuncisión.

La recuerdo radiante, ilusionada como una quinceañera antes de su primera cita, la tarde en que me comunicó que habían aceptado su proyecto. Ya se había puesto en contacto con la pareja sefardí. Acababa de hablar por teléfono con ellos y ambos estaban encantados de que su futuro hijo fuera objeto de tanto interés para una publicación de su Sefarad mítico, ese país de la nostalgia transmitida de generación en generación. El niño nacería dentro de seis meses. Y dentro de seis meses, Suzanne volvería a Estambul para escribir ese reportaje que le proporcionaba la ocasión y el soporte económico de su verdadero objetivo: encontrar el fragmento de la tablilla sumeria, ese trozo de barro —en sus palabras— amputado a su alma.

Sé que, durante las vacaciones de verano, no se interrumpió el trabajo de Suzanne en la universidad. Mientras el resto de alumnos de Historia Antigua disfrutábamos del descanso estival, ella apuraba su aprendizaje junto al profesor de sumerio, reamasando con su savia el barro fósil, dándole su aliento y su vida a una lengua muerta hace más de dos mil años. Pasó el verano. Pasó el primer trimestre del nuevo curso y, a mediados de diciembre, Suzanne se despidió de mí con un beso que todavía siento en los labios. Con el año nuevo, me llegó desde Turquía una postal con la imagen de la mezquita de Suleimán II. «Ha nacido un niño precioso —me escribía Suzanne—, en una semana asistiré a la ceremonia de la circuncisión. También he visitado el Gran Bazar y tengo muchas esperanzas de hallar lo que tú sabes, ya te contaré. Feliz año: Suzanne.»

Transcurrieron dos larguísimos meses antes de tener nuevas noticias. Telefoneé entonces a la redacción de *Modos y Moda*, donde me informaron que aún no había regresado de Turquía, pero que tampoco allí tenían noticias recientes y que también, como yo, estaban preocupados. A finales de enero, por correo electrónico, les había enviado dos reportajes sobre los rituales sefardíes del ciclo de la vida, uno sobre el nacimiento y otro sobre la muerte. Pero desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella, por lo que se habían puesto en contacto con el consulado español en Estambul, donde su pista se perdía una mañana de febrero, cuando Suzanne acudió a pedir información sobre los visados y requisitos precisos para viajar a Irak.

—¿A Irak? —pregunté con hipócrita extrañeza, seguro de que allí, en el país crecido sobre las ruinas de la cultura sumeria, se hallaba el verdadero motivo del viaje de Suzanne.

—Sí, eso nos dijeron en el consulado, aunque no tenían constancia de que hubiese iniciado el viaje. Nos lo comunicaron al día siguiente de nuestra llamada. Parece ser que desde el consulado habían telefoneado a la embajada irakí en Ankara, donde les aseguraron que ninguna mujer española había solicitado visado para visitar su país.

—¿Y la familia de Suzanne? ¿Han hecho alguna gestión? —pregunté.

A través del auricular pude sentir el gesto perplejo de mi interlocutor:

—¿No era usted su amigo?

—Sí, ¿por qué?

—Me extraña, simplemente. Sus padres murieron hace años en un accidente, y era hija única, no tiene más familia —me respondió un segundo antes de colgar el teléfono.

* * *

Desde entonces hasta hoy han pasado tres años. Varias veces me puse de nuevo en contacto con la redacción de *Modos y Moda*, donde siempre obtuve parecida respuesta: «Por desgracia, no sabemos nada.» Personalmente, en un par de ocasiones, yo mismo telefoneé a la embajada española en Turquía, pero la respuesta no fue más alentadora:

—Sabemos que mantenía cierta relación con la comunidad sefardí de Estambul, pero nos consta que tampoco ellos saben nada sobre su paradero—, me dijo el propio secretario de la embajada.

Sé que también la Universidad ha hecho gestiones, y que la Cátedra de Sumerio ha estado en contacto con el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul sin el menor resultado. Tampoco la embajada de Irak en Madrid parece saber nada, al menos eso es lo que me respondieron el día que me acerqué a ella, en un oscuro despacho presidido por la imagen de Saddam Hussein.

¿Cruzó Suzanne la frontera de Irak? Yo así lo creo, y ésa es también la conclusión a la que llega un extenso reportaje publicado por *La Voz del Mundo*, basándose en la investigación efectuada por la policía turca. Según esa fuente, Suzanne había sido vista en el hotel Hilton de Estambul, en compañía de cierto empresario israelí envuelto en turbios negocios y —si son ciertas las afirmaciones del periódico—, relacionado con el Mosad.

La tesis fundamental del reportero de *La Voz del Mundo* viene a sugerir, sin llegar a demostrarlo, un intento de reorganizar el espionaje israelí en el territorio de Irak. Ni que decir tiene que yo no comparto esa hipótesis descabellada, según la cual todo el interés de Suzanne por el sumerio provendría de la necesidad de una coartada que justificase su presencia en Irak. No obstante, debo reconocer que algunos argumentos del periódico me han resultado sorprendentes. Si antes he transcrito el final del reportaje titulado *Contra el olvido*, no ha sido sólo por mostrar el estilo literario de Suzanne. En el trabajo de investigación de *La Voz del Mundo*, se habla de ese mismo reportaje y de ese final en unos términos *cuasi* cabalísticos de los que sólo voy a mencionar uno. El inesperado acróstico que resulta de unir la primera letra de cada párrafo dice: SADDAM.

Casual o intencionada, esta confluencia de letras representa un enigma de difícil solución, interpretado por el periodista como un mensaje en clave. Repito que yo no comparto las conclusiones sugeridas, más que enunciadas, por *La Voz del Mundo*, cuyo reportaje no es más que una cadena de piruetas en el vacío, una tesis basada en suposiciones y conjeturas, en *hallazgos* como el anterior —bastante más confusos si cabe—, y en otros datos que, todo lo más, no son sino dolorosos fragmentos de un pasado personal que la ética periodística hubiera debido silenciar. Des-

vela el autor del reportaje que, entre los trece y los catorce años, coincidiendo con su fulgurante aparición en los medios literarios, Suzanne mantuvo «una intensa relación afectiva» con cierto famoso escritor cuya pederastia no fue obstáculo para que, con el transcurrir del tiempo, hoy ocupe uno de los sillones de la Academia.

Este lado oscuro y terrible en la vida de Suzanne, que yo ignoraba por completo y al que ninguna relación encuentro con su desaparición, me ha hecho comprender su cruda reacción cuando, una tarde ya lejana, yo repetí aquellos versos suyos que decían:

*...nada nos une tanto como la ausencia,
sólo te siento lejos cuando me besas...*

Cuatro años han pasado desde ese día. Le había prometido a Suzanne no volver a leer sus poemas, pero esta semana, cuando se cumple el tercer año de su desaparición, he vuelto a la Biblioteca Nacional con la extraña impresión de poder reencontrarla, empujado por algo que sin ser una corazonada era más que un deseo, como si en la tinta de sus versos me aguardara el parpadeo de sus pestañas. Otra vez he leído sus poemas de *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana* y, por primera vez, los que publicó en la *Gaceta Literaria* del Ateneo. En el número de mayo de 1973, el suplemento de poesía de dicha revista incluye un poema escrito por Suzanne a la edad de doce años. Una pequeña introducción del crítico literario glosa la figura de la niña prodigio, «la sorpresa de una madurez impropia y doliente para una jovencita en edad de jugar con las muñecas, no de planteamientos metafísicos (...) dolorosa madurez pero feliz hallazgo para la nueva poesía española».

También este poema ha sido una sorpresa para mí, y no sólo por la extraordinaria madurez literaria que demuestra en una niña de doce años, sino porque sólo ahora, tras su lectura, acierto a comprender la pasión que devoró a Suzanne tras conocer la traducción de la tablilla sumeria encontrada en su primer viaje a Estambul. La vida está llena de sucesos inexplicables, de pequeños milagros que con frecuencia nos pasan inadvertidos. Suzanne no creía en el azar, ni atribuía al azar el descubrimiento de aquella tablilla. Estoy seguro de que tampoco imputaría al azar el paralelismo entre su contenido y el poema suyo que transcribo:

*Si no fuera quien soy, si no tuviera
tanto miedo a la noche y a la lluvia...
Si en vez de doce años
y calcetines blancos
y coletas trenzadas
y dientes horrorosos
tuviera ciento veinte y fuese un elefante*

*con enormes colmillos,
o león al acecho de gacelas veloces
en la sabana inmensa,
o águila en el cielo,
o pez de sangre fría en los mares más hondos,
o hipnótica serpiente,
o buey, el buey humilde que soporta las cargas
más pesadas y lentas...*

*Si Dios me hubiera hecho
más fuerte, más astuta,
más hermosa quizás,
o menos reflexiva y más risueña,
más segura de mí, menos miedosa...*

*Si en vez de doce años
tuviera ciento veinte
y todas las respuestas
guardadas en mi tumba.*

Mas tengo doce años.

*Sólo soy una niña que le teme a la noche,
que llora y se avergüenza
de su miedo y sus lágrimas,
de su pelo trenzado,
de sus dientes horribles,
de sus temores tontos...*

*Sólo soy una niña
que ni sabe quién es
ni sabe quien sería
si no fuera quien soy:
en vano palpo signos
debajo de la lluvia,
en el barro mojado donde Dios escribiera
la letras de mi nombre.*

«La historia es una espiral creciente y apretada —me dijo Suzanne poco antes de nuestra última y definitiva despedida—, una espiral tan apretada que, en el punto donde ahora estamos, en cualquier punto donde estemos, basta estirar la mano para tocar otros puntos de las espiras que nos precedieron hace cientos o miles de años.»

Sin duda —o así lo quiero ver en su poema—, ella había encontrado en la tablilla de barro uno de esos puntos: puente en el tiempo por donde cruzar al espacio de su yo desconocido, para adentrarse en el brumoso territorio donde —quizá— no todas las preguntas esenciales carecen de respuesta. Han pasado tres años desde la última vez que la vi, y cuatro desde que nuestro viejo profesor formulara una de esas preguntas: ¿Qué puede tener el ser humano que no tengan ni los dioses creadores ni las criaturas salidas de sus manos?

Sé que ella no lo hubiese aprobado, pero si he transcrito su poema ha sido en la confianza de que Suzanne H. —sea cual sea el lugar del espacio o del tiempo en que se encuentre— haya podido responder a esa pregunta y descifrar, con ella, las letras de su nombre que Dios escribiera en el barro mojado. Ambas incógnitas son como la pulpa y el corazón de una manzana, ambas respuestas pertenecen a una misma cuestión. (*)

(*) *Estas páginas fueron escritas en la primavera de 2000. Tres años después, a las 5.30 horas del día 20 de marzo, buques de guerra y aviones de Estados Unidos comienzan los bombardeos que precedieron a la invasión de Irak. El 12 de abril, las tropas de la coalición internacional entran en Bagdad. Al día siguiente, bárbara e impunemente comienza a ser expoliado el Museo Nacional, que albergaba las más importantes colecciones arqueológicas pertenecientes a las culturas mesopotámicas, incluidas decenas de miles de tablillas sumerias. El 13 de diciembre, es capturado Saddam Hussein. Ni en los meses precedentes a la guerra ni durante el transcurso de la misma se han producido noticias relativas al paradero de Suzanne H.*